

Capítulo VI

CHACABUCO, “MODELO DE ARTE MILITAR”

El ejército que sale de Mendoza para internarse en la cordillera formado en dos divisiones, si bien representa la parte principal de aquella fuerza, no es la única destinada a caer sobre Chile desde las pendientes de los Andes. De haber sido así, menos difícil hubiera sido a Marcó detener el avance de los independientes. La estrategia ha consistido en mantener al enemigo en continua zozobra e inquietud en una extensión de ciento cuarenta leguas sin descubrir el paso preciso elegido para la invasión. Por eso avanzaban también el teniente coronel Cabot por el lado de San Juan con escasas fuerzas, en dirección a Coquimbo, y el coronel Ramón Freire por el sur (paso del Planchón), a la altura de Talca y Curicó. Quedaba por trasponer aquella ingente mole de montañas que oponía la naturaleza.

“El general San Martín –nos dice Eduardo Acevedo Díaz (h.)– concibió su plan para el paso de cuatro cordilleras, y más aún, para el paso a través de un mar de montañas. Nos referimos al paso del grueso del ejército por el camino de los Patos. La geografía da la prueba irrefutable, más si se quiere la del documento, veamos éste, firmado por el Libertador y dirigido al gobierno de Buenos Aires desde San Felipe, el 8 de febrero de 1817: “Camino de cien leguas, cruzado de eminencias escarpadas, desfiladeros, profundas angosturas, *cortado por cuatro cordilleras*. Tal es el camino de los Patos. Pero si vencerlo ha sido un triunfo, no lo es menos el haber principiado a vencer al enemigo”. “Vencerlo ha sido un triunfo”, palabras que nos dan la medida del esfuerzo demandado.

“Las cuatro cordilleras del camino seguido por el general San Martín son, desde su salida de Mendoza: la precordillera de La Rioja, San Juan y Mendoza, llamada, en el sitio del pasaje, sierra del Paramillo; la cordillera del Tigre, la cordillera de Espinacito, la cordillera andina que sirve de límite a la Argentina y Chile. Entre los rasgos notables de la región sanmartiniana que influyeron en el paso, se cuenta el río de los Patos, el que da nombre al camino...

Ese río fue el tenaz opositor al paso del general San Martín. Su profundo cañón impidió al ejército transitar por su orilla, necesitado como estaba, de llegar en línea recta al valle de los Patos, de donde parte, como varillas de un abanico desplegado, seis caminos hacia otros pasos de la cordillera limítrofe, la cuarta. El río obligó al Libertador a cruzar la tercera cordillera en camino de rodeo, cordillera la más escabrosa de todas la de Espinacito, donde el ejército, al descender del paso de cuatro mil metros de altura (mil más que el de la cordillera limítrofe), quedó materialmente “colgado” en la espiral de su pendiente. La hueste fue a dar al valle de los Patillos, *tobogán* perpendicular al valle de los Patos y orientado de norte a sur. Los soldados habrán elevado la vista hacia la dentada cumbre... Camino como para vuelo de águilas. Así llegó el ejército al valle de los Patos desde el norte, habiendo emprendido la marcha desde una posición meridional. El valle vecino, Valle Hermoso, es una vega. Los animales se reponen del forzado ayuno... Entre los factores que agrandaron aquel esfuerzo debe mencionarse el mal de puna, lo que se llama “la agresión de la altura”.

“El Libertador pudo conjurar el peligro proveyendo de mulas a su infantería; lo conjuró a medias, como puede leerse en su carta dirigida al general Miller: La puna –dice– atacó a la mayor parte del ejército, de cuyas resultas perecieron varios soldados”. Otro factor adverso fue el clima de desierto. Aumentó las penurias: faltó pasto a los caballos y mulas, combustible para los fogones, agua suficiente, “sin agua en toda la tirada”, palabras del itinerario de San Martín. En este clima de bruscos cambios de temperatura se fragmentan las rocas. ¿Cómo obstaculizó el material suelto de las rocas destruidas el paso de la hueste libertadora? Fácil es suponerlo si se recuerda que las sendas faldean la montaña, el pie de los “derrumbaderos”, “despeñaderos”, “resbaladeros”, al de las “faldas arrancadas”.

“Así son llamadas las faldas cubiertas por los fragmentos de la roca destruida. El espectador cree ver la obra de millones de picapedreros que trabajaron sañudamente para reducir la roca a polvo.

“Veamos la obra que hicieron los “derrumbaderos” y los rodados. El propio Libertador lo va a decir. Al general Miller, que lo interrogaba para escribir sus memorias, le contesta desde Francia: “El ejército llevó 10.000 mulas de silla y de carga, 1.600 caballos y 700 reses, y a pesar de un cuidado indecible sólo llegaron a Chile 4.300 mulas y 511 caballos en muy mal estado, quedando el resto muerto o inutilizado en las cordilleras”. Así, en esas condiciones llegaron a Chile por el paso de las Lletas como ya lo he demostrado. Allí tendrían que cruzar una quinta cordillera.”

“San Martín trepaba la cumbre de la gran cordillera, caballero en una mula”, dice Mitre en su famosa historia y lo evoca con estas palabras: “Su montura estaba enjaezada a la chilena, con estribos baúles de madera. Iba vestido con una chaqueta guarnecida de pieles de nutria y envuelto en su capotón de campaña, con vivos encarnados y botonadura dorada, botas granaderas, con espuelas de bronce, como las de sus estatuas, su sable morisco ceñido a la cintura; cubierta la cabeza con su típico falucho –sombrero apuntado–, forrado en hule, sujeto por barbiquejo, que para mayor garantía contra el viento impetuoso de las alturas ató con un pañuelo por debajo de la barba. Al tiempo de ascender la cuesta una tempestad de granizo se descolgó de la montaña. El general de los Andes apeóse de su mula, se acostó en el suelo y se durmió, con una piedra por cabecera, bajo una temperatura de seis grados bajo cero. Al tiempo de continuar la marcha, pidió a su asistente los chifles, guarnecidos de plata, en que llevaba su provisión de agua y de aguardiente de Mendoza, invitó al coronel don Hilarión de la Quintana –a quien había nombrado su primer ayudante de campo–, y reconfortado por aquel corto sueño, después de tantas noches de vigilia, encendió un cigarrillo de papel y mandó que las charangas de los batallones tocasen el Himno Nacional Argentino, cuyos ecos debían resonar bien pronto por todos los ámbitos de la América del Sur. En seguida continuaron la penosa ascensión...”

“Si el vencer el camino ha sido un triunfo, no lo es menos el haber principiado a vencer al enemigo”... escribió San Martín el día 8 de febrero. En efecto, mientras el ejército avanza venciendo aquellas fragosidades amenazantes, vence también a las partidas realistas que se han adelantado entre las montañas para impedir el paso de la hueste invasora. El 25 de enero se retiran los realistas de Picheuta, el 4 de febrero son derrotados en Juncalillo, el 5 en Enasco, el 8 Las Heras está en la villa de Santa Rosa de los Andes y ese mismo día sobre la cuesta de

Chacabuco. Allí espera el ejército realista, no al mando de Marcó de Pont son del jefe español Maroto, y el choque decisivo se produce en la mañana del 12 de febrero: ¡Chacabuco!... “Al amanecer el día 12 de febrero –dice Ricardo Rojas en *El santo de la espada*– la batalla comienza. Se oyen galopes, tambores, clarines, resonando en los montes. La luz del sol ilumina toda la escena. Hay numerosos encuentros parciales. Por la cuesta se descuelgan infantes y jinetes, entre un chisporrotear de fusiles y un brillar de sables. Se lidia en todo el valle con ardor. ¿Quién es aquel que manda más de mil hombres y que atropella fuera de plan las líneas enemigas con temerario denuedo? Ése es el chileno O’Higgins, el vencido de Rancagua, que durante un combate de veintiséis horas en la fatal Rancagua había jurado reconquistar su patria, y que vuelve a verla “después de tres años de ruegos dirigidos al cielo para que le conceda volver a verla”. San Martín, al descubrirlo en peligro, da órdenes a Condarco, gritando nerviosamente:

“– ¡Corra y diga a Soler que cargue al punto sobre el flanco enemigo!

“El ala derecha, con Soler, desemboca luego en el valle. La contienda sigue encarnizadamente. Ha empezado la tarde. Los fuegos de un morro se han apagado. Escalada y Zapiola arrollan la caballería enemiga por derecha e izquierda. Los granaderos acuchillan artilleros y toman cañones. Los infantes atacan a la bayoneta y asaltan posiciones. Los realistas forman cuadro en la llanura para una desesperada resistencia final; pero la acometida envolvente de los patriotas los desbarata. El grueso de la fuerza intenta la retirada, pero Soler, por la retaguardia, le cierra el camino de Santiago. En el momento más desesperado, San Martín mismo, aunque está enfermo, acomete en persona y entra en el combate, sableando enemigos.

“En medio de la confusión, los últimos pelotones, refugiados en la casa de la hacienda, luchan cuerpo a cuerpo, entre olivares y viñas.

“Comienza a llegar la noche. Por la mañana ha perecido el bravo Elorreaga, jefe español, y por la tarde, al concluir los combates, muere Marquelli, del mismo bando. Los españoles han tenido quinientos muertos y se halla entre los cadáveres alguna cabeza partida por el sable de los granaderos: “Si se opone algún godó, le partes la cabeza como un zapallo”, les enseñaba San Martín en el Retiro, cinco años antes. Así lo han hecho, pues aprendieron la lección. Los patriotas sólo han tenido doce muertos y ciento veinte heridos. Al concluir la acción, con la derrota realista, quedan seiscientos prisioneros, la artillería, el parque, el armamento, un estandarte y dos banderas. La victoria ha sido completa y de acuerdo con el plan que San Martín preparó desde Cuyo. Nada ha fallado en sus cálculos.”

El general resumió así su magnífica proeza: “Al ejército de los Andes queda la gloria de decir: –En veinticuatro días hemos hecho la campaña: pasamos las cordilleras más elevadas del globo, concluimos con los tiranos y dimos la libertad a Chile”.

“Chacabuco puede presentarse –dice el general Mitre– como un modelo clásico de arte militar en que la habilidad debilita al enemigo y desmoraliza, la previsión asegura el éxito final y la inteligencia es la que combate en primera línea, interviniendo la fuerza como factor accesorio. Como acontecimiento político y en relación con los destinos americanos, su importancia es mayor aún, como lo han reconocido los primeros historiadores y hasta los mismos adversarios vencidos.”

Tiene razón el general Mitre. El virrey Pezuela escribió: “La desgracia que padecieron nuestras armas en Chacabuco, poniendo el reino de Chile a discreción de los invasores de Buenos Aires, fue el principio de restablecimiento para los disidentes, y la causa (del Rey) retrogradó a grande distancia proporcionando a los disidentes puertos cómodos donde aprestar fuerzas marítimas para dominar el Pacífico. Cambióse el teatro de la guerra. Los enemigos trasladaron los elementos de su poder a Chile, donde con más facilidad y a menos costa podían combatir al nuestro en sus fundamentos”.

Un historiador español, general que a la sazón militaba bajo las banderas del rey, sintetiza sus resultados generales con tanta tristeza como concisión. “La fácil pérdida del reino de Chile fue un suceso de inmensa trascendencia para las armas españolas.” Y el ministro español Villalba, desde Río de Janeiro: “Sí hubiese ya llegado una expedición nuestra a estos puertos del Río de la Plata –por lo que estoy clamando, pero desgraciadamente para los intereses de S.M., sin fruto– o si este Gabinete (de Portugal) tuviese otra conducta, habiendo hecho con sus tropas y con su marina lo que tanto convenía a los intereses de ambas naciones, no hubiera tenido lugar este suceso desgraciado cuyas consecuencias podrán ser muy fatales a la causa del Rey nuestro señor y de toda esta América del Sur”.

Con la victoria de Chacabuco quedó abierto para el ejército libertador el camino de Santiago: Marcó del Pont no tuvo siquiera tiempo de huir por Valparaíso y cayó prisionero. Pero las fuerzas de Maroto que pudieron salvarse marcharon hacia el sur de Chile, donde iban a oponer seria resistencia con los auxilios que se esperaban del Perú por el puerto de Talcahuano. Dos días después, el ejército hizo su entrada triunfal en la capital de Chile. San Martín había convocado una Asamblea de notables que debían designar electores para nombrar al jefe supremo del Estado. Pero, reunida la Asamblea, declaró por aclamación “que la voluntad unánime era nombrar a don José de San Martín gobernador de Chile con omnímoda facultad” y así lo hicieron constar en acta del 18 de febrero. El vencedor de Chacabuco se negó rotundamente a acatar esa designación y a su pedido fue nombrado el brigadier O`Higgins, chileno y amigo adicto que lo había acompañado en Mendoza desde 1814. Por esos días se dio en Santiago un baile a los vencedores de Chacabuco en casa de Soler, del que hizo crónica en su *Recuerdos del pasado* don Vicente Pérez Rosales: “Excusado me parece decir –escribió el autor– cuál fue el estruendo que produjo en Chile este alegre y para entonces suntuosísimo sarao. Dio principio con la canción nacional argentina, entonada por todos los concurrentes a un mismo tiempo, y seguida después con una salva de veintiún cañonazos que no dejó casa sin estremecerse en todo el barrio. Siguió el minué, la contradanza, el *rin* o *rin*, bailes favoritos entonces, y en ellos lucían su juventud y gallardía el patrio bello sexo y aquella falange chileno-argentina de brillantes oficiales, quienes supieron conseguir, con sus heroicos hechos, el título para siempre honroso de Padres de la Patria. Allí el glorioso hijo de Yapeyú estrechaba con la misma efusión de fraterna contento la mano del esforzado teniente Lavalle, como la encallecida del temerario O`Higgins, y nadie averiguaba a qué nación pertenecían los orientales Martínez y Arellano, los argentinos Soler, Quintana, Berutti, Plaza, Frutos, Alvarado, Conde, Necochea, Zapiola, Melián; los chilenos Zenteno, Calderón, Freire; los europeos Paroissien, Arcos y Cramer, y tantos otros cuya nacionalidad se escapa a mis recuerdos, como Correa, Nazar, Molina, Guerrero, Medina, Soria, Pacheco, y todos aquellos a quienes los asuntos del servicio permitieron adornar con su presencia la festiva reunión en que se encontraban. Concurrieron también a ella lo más lucido de la juventud patriótica de Santiago,

los contados viejos que la crueldad de Marcó dejó sin desterrar, el alegre y decididor Vera, y aquel célebre pirotécnico de la guerra, el padre Beltrán, que encargado de colocar alas en los cañones para trasponer los Andes, no debía tardar en asumir el carácter de Vulcano, forjando en la maestranza rayos para el Júpiter de nuestra independencia.

“La mesa vino a dar enseguida la última mano al contento general. Todos brindaban; cada brindis descollaba por su enérgico laconismo y por las pocas pero muy decidoras palabras de que constaba. San Martín después de un lacónico pero enérgico y patriótico brindis, puesto de pie, rodeado de su estado mayor y en actitud de arrojar contra el suelo la copa en que acababa de beber, dirigiéndose al dueño de casa dijo: “Soler, ¿es permitido?, y habiendo éste contestado que esa copa y cuanto había en la mesa estaba allí puesto para romperse, ya no se propuso un solo brindis sin que dejase de arrojarse al suelo la copa para que nadie pudiese profanarla después con otro que expresase contrario pensamiento.

“Dos veces se cantó la canción nacional argentina y la última vez lo hizo el mismo San Martín. Todos se pusieron de pie, hízose introducir en el comedor dos negros con sus trompas, y al son viril y majestuoso de estos instrumentos, hízose oír electrizando a todos la voz de bajo, áspera, pero afinada y entera, del héroe que desde el paso de los Andes no había dejado de ser un solo instante objeto de general veneración.”

En otra fiesta de ese mismo año el viajero inglés Samuel Haigh fue presentado al general San Martín, y lo describe así: “Me impresionó mucho el aspecto de ese Aníbal de los Andes. Es de elevada estatura y bien formado y todo su aspecto sumamente militar: su semblante es muy expresivo, color aceitunado oscuro, cabello negro y grandes patillas sin bigote; sus ojos grandes y negros tienen un fuego y animación que se harían notables en cualesquiera circunstancias. Es muy caballeresco en su porte y cuando le vi conversaba con la mayor soltura y afabilidad con los que lo rodeaban; me recibió con mucha cordialidad pues es muy partidario de la nación inglesa. Muchos de mis compatriotas estaban en su ejército y entre los presentes a la reunión se contaban el capitán O’Brien y los tenientes Bownes y Lebas; éstos habían estado en la batalla de Chacabuco”.

Agenda de lecturas

Sobre el Paso de los Andes se recomienda, por su exactitud, el trabajo de Eduardo Acevedo Díaz (h.): *El paso de los Andes, camino a través de cuatro cordilleras*. Publicación del Museo Histórico Nacional. La descripción de Chacabuco ha sido tomada del muy acreditado libro *El santo de la espada*, por Ricardo Rojas. Los comunicados de Pezuela y de Villalba se hallan en la obra de Otero, ya citada.

José Luis Busaniche. San Martín vivo. Capítulo VI. pp. 73-81. 2ª Ed. Buenos Aires: Emecé, 2000.

